



En manos de hombres: pornografía, trata, prostitución

In men's hands: pornography, trafficking, prostitution

Péter Szil

Recibido: 02/10/2017

Aceptado: 30/06/2018

RESUMEN

Este artículo tratará del factor determinante y sin embargo sistemáticamente invisibilizado de la prostitución y la trata: la demanda masculina. Estudiará el papel que juega en ella una cultura pornográfica omnipresente y de fuerte carga misógina que no solo promueve esa demanda y determina sus prácticas, sino también ha llegado a secuestrar la manera de conceptualizar la sexualidad para toda la sociedad, instituyendo en las relaciones la desigualdad en lugar de la satisfacción mutua. El artículo parte de la premisa de que para atajar la prostitución (y de esta manera prevenir la trata) es imprescindible visibilizar y responsabilizar a los hombres prostituidores. La problematización del papel de los hombres en la prostitución es, en su turno, imprescindible para involucrar a los varones en un trabajo tanto personal como de responsabilidad colectiva capaz de cuestionar los conceptos que sostienen la prostitución y, en su prolongación, la dominación sexualizada como esencia del patriarcado.

Palabras clave: pornografía, prostitución, desigualdad, violencia, violación, dominación sexual, demanda masculina, corporativismo masculino

ABSTRACT

This article will deal with the determining and yet systematically invisibilized factor of prostitution and trafficking of persons for sexual servitude: male demand. It will study the role played in it by an omnipresent pornographic culture with a strong misogynistic charge that not only promotes this demand and determines its practices, but also has kidnapped the way of conceptualizing sexuality for the whole of society, instituting in the relationships inequality rather than mutual satisfaction. The article is based on the premise that persons who solicit prostitutes must be visibilized and held accountable in order to stop prostitution (and thus prevent trafficking). To problematize the role of men in prostitution is, in turn, essential to involve men in a work which is both personal and based on collective responsibility, capable of challenging the concepts that support prostitution and, in its extension, sexualized domination as the essence of patriarchy.

Keywords: pornography, prostitution, inequality, violence, rape, sexual dominance, male demand, male corporatism

Péter Szil es psicoterapeuta formado en Suecia y Estados Unidos. Desarrolla en España y Hungría su labor clínica como psicoterapeuta, supervisor y formador de profesionales) y su activismo social. Correo electrónico: www.szil.info

Cómo citar este artículo: Szil, P. (2018). En manos de hombres: pornografía, trata, prostitución. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 3 (1), 113-135 doi: <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2018.3.1.3081>

1. TRATA Y PROSTITUCIÓN

Una premisa básica para las ciencias que se aproximan a los fenómenos sociales, es que las teorías que pretenden explicar la realidad deben estar soportadas por evidencias empíricas.

El debate actual sobre la prostitución está atravesada por una línea divisoria más y más nítidamente articulada en torno a cómo se interpreta la relación entre la trata de personas con fines sexuales y la prostitución. Una de las posturas considera que estas dos actividades son hechos dicotómicos, dos terrenos separados y, por ende, merecedoras de tratos esencialmente diferentes: la trata como actividad ilícita y la prostitución como un trato comercial o laboral entre personas soberanas que como mínimo hay que descriminalizar, o, lo que es todavía mejor, regularizar o legalizar. En el lado opuesto de la línea divisoria se postula que trata y prostitución son etapas complementarias e interdependientes en un mismo continuo llamado industria del sexo.

La diferencia sustancial entre las dos interpretaciones reside en a quién se considera el agente o sujeto activo de la prostitución.

El razonamiento que considera que trata y prostitución son partes de un continuo parte de que la prostitución nace de la demanda masculina de tener a su disposición un contingente de personas (primordialmente mujeres, minoritariamente hombres) sobre quienes poder ejercer dominación sexualizada, y que la trata de mujeres con fines de explotación sexual tiene la función de engrosar ese contingente cuando la oferta local ya no es suficiente para satisfacer la demanda que, en su turno, se ha devenido en motor de una industria globalizada del sexo, al mismo tiempo que está continuamente incentivada por esa misma industria.

El razonamiento que separa la trata de la prostitución ignora, mejor dicho obvia, todavía mejor dicho oculta que la demanda masculina es el factor constituyente de la prostitución. Para ello ha desarrollado un discurso en el que la persona prostituida ejerce su “derecho” a hacer con su cuerpo lo que le da la gana (y no la necesidad o la obligación). De esta manera se oculta el hecho de que para que una persona se convierta en prostituida hace falta que alguien ejerza el supuesto derecho de prostituirla, y que, por ende, ser prostituta no es el oficio más antiguo del mundo, sino la prostitución es una forma ancestral de

violencia patriarcal. Esa ocultación encuentra su prolongación lógica en la negación de que trata y prostitución son etapas de la misma actividad: ni el lobby pro-prostitución más sofisticado es capaz de ocultar el carácter violento de la trata de mujeres con fines de explotación sexual, por mucho que haya logrado divulgar una imagen dulcificada de la prostitución y sustituir el término “prostituida” por “trabajadora sexual”¹.

De ese modo la separación de la trata y de la prostitución es instrumental para promover la normalización, descriminalización, regulación o legalización de la prostitución, mientras que la postura opuesta encuentra su manifestación jurídica más adecuada en el así llamado modelo sueco de tratar la prostitución. Este modelo enfoca la legislación en la figura del cliente que se aprovecha de la persona prostituida. Esta última es considerada víctima de violencia, su actividad está despenalizada, mientras que se penaliza el hecho de comprar sexo.

“En Suecia, la prostitución está considerada como un aspecto de la violencia ejercida por el hombre contra mujeres y menores. Está reconocida oficialmente como una forma de explotación de mujeres y menores y constituye un problema social significativo que no sólo daña a la mujer o menor que es prostituida sino también a la sociedad.... la igualdad de género no se conseguirá jamás mientras los hombres compren, vendan y exploten a mujeres y niños prostituyéndolos.”
(Regeringskansliet, 2004)

La ley sueca sobre la prostitución es modélica no solo en su contenido sino también en cuanto al proceso de su creación.

“Cuando se inició la Comisión de investigación sobre la prostitución en 1977, los expertos hicieron algo bastante inusual para las investigaciones gubernamentales de entonces y de ahora: pasaron tres años en los lugares donde se ejercía la prostitución. Salieron de sus oficinas y visitaron los clubes de sexo de toda Suecia, entrevistaron a las prostitutas, los compradores y otras personas que se movían en este ambiente. No solo buscaban determinar la prevalencia de la

¹ “El relato sobre la trabajadora sexual ha sustituido mitos biológicos y eugenésicos anteriores. Hoy es el argumento más importante que esgrime la industria de la pornografía para promover sus intereses. Es utilizado por los hombres que defienden la compra de sexo. Es empleado por los gobiernos y los grupos de presión a fin de legalizar el comercio de mujeres. Pero, ¿cómo funciona esta narrativa? ¿Qué sugiere? ¿Cómo surgió y quiénes están detrás de ella?” (Ekman, 2010) Para un repaso detallado de las respuestas a estas preguntas ver ese mismo libro.

prostitución, sino también comprender lo que era. El resultado fue un informe de 800 páginas, incluidas 140 de testimonios de estas personas (Borg et al., 1981). Página tras página, las prostitutas contaban sobre cómo se habían criado, las vías de acceso a la prostitución, los compradores (hombres de familia, directivos, delincuentes), la función del alcohol y los estupefacientes, los diferentes tipos de relaciones con los proxenetas, la forma como las afectó la prostitución, la violencia, la vergüenza, la fortaleza y las estrategias de supervivencia. Esta perspectiva fue única.” (Ekman, 2010)

2. UN FACTOR PREVIO: LA PORNOGRAFÍA

El cambio de perspectiva respecto a la prostitución en Suecia se manifestó más que nada en realizar que el análisis del continuo de la industria del sexo no puede ser completo sin considerar el otro pilar que sostiene la institución de la prostitución: la pornografía. Según esta visión la trata tiene la función de suministrar la materia humana deshumanizada con el que se mueve la industria del sexo, mientras que la pornografía se encarga del marketing de la prostitución. La manera en la que el modelo sueco maneja la prostitución guarda una relación íntima con el camino que la sociedad sueca ha recorrido en la percepción de la pornografía.

Suecia ha sido el país pionero en hacer de la pornografía un fenómeno socialmente aceptado. De allí viene que los falsos mitos que habían acompañado el proceso de la liberalización de la pornografía en la Suecia de los años 1960 tengan “denominación de origen” y sigan narrando que Escandinavia es el ejemplo vivo de que la pornografía tiene un efecto benéfico o que por lo menos es inocuo y que no hay liberación sexual sin dar vía libre a la pornografía. No por nada los promotores de la introducción de la pornografía tanto en la España pos-Franco de la segunda mitad de los años 1970, como en los países del bloque soviético después de la caída del muro en los años 1990 recurrían con predilección a estos mitos que de hecho siguen prevaleciendo aún hoy en día a pesar de que en su lugar de origen hayan sido cuestionados hace ya muchas décadas. De la misma manera que las posturas pro-prostitución ignoran u obvian u ocultan hechos básicos de la prostitución y su relación con la trata, los promotores de la pornografía ignoran u obvian u ocultan el hecho de que muchos de los intelectuales y personajes públicos que en los años 1960 impulsaban la liberalización de la pornografía en Suecia, por ejemplo Hans

Nestius, presidente de 1979 a 1987 de la Asociación Sueca para la Educación Sexual, en los años 1980 han tomado posturas radicalmente opuestas, asumiendo que la pornografía no llevaba a la esperada autorrealización de los hombres solitarios, sino a la manifestación de las formas más repugnantes del odio y de la violencia hacia las mujeres, y por eso exigían que se pongan frenos legales a la industria pornográfica. (Nestius, 1982)

Esos intelectuales con razón podían disculpar su error histórico con que ellos luchaban antaño por la libertad de una literatura erótica de alto nivel artístico y que no podían saber cuál es el genio que liberan de la botella: no ha habido precedente y el proceso por el cual la industria pornográfica iba generando a sí misma duraba varias décadas. Pero ¿cómo exonerar de su responsabilidad a aquellos personajes públicos que todavía hoy en día alimentan la equiparación del arte erótico o de la educación sexual con la pornografía? La confusión respecto a la naturaleza de la pornografía es muy conveniente para los intereses económicos que mueven una de las industrias más rentables de nuestra civilización. Sin duda alguna sería más difícil hacer valer esos intereses si la confusión no estuviera alimentada también por la aceptación ya no ingenua sino, en el mejor de los casos, ignorante de la prensa y de personajes que se consideran progresistas y partidarios tanto de la libertad sexual como de la igualdad entre los sexos. La alianza tácita entre la industria pornográfica y formadores de la opinión pública hace que cualquiera que quiera desmarcarse de la pornografía fácilmente puede todavía verse remitido al campo del oscurantismo católico o de los enemigos de la libertad de prensa. Eso hace todavía más difícil contrarrestar el daño que la pornografía, al haber sustituido tanto una verdadera educación sexual como un auténtico arte erótico, está causando a ya varias generaciones de jóvenes.

Ese daño se puede resumir en los siguientes puntos:

1. La pornografía separa la sexualidad de los hombres tanto de los sentimientos propios como de las relaciones cotidianas y de esta manera contribuye a la disociación como rasgo dominante del *modus vivendi* masculino.
2. La pornografía contrarresta la igualdad y el acercamiento basado en la mutualidad entre los hombres y las mujeres.
3. La pornografía fomenta la irresponsabilidad reproductiva de los hombres.
4. La pornografía fomenta la aceptación e incluso el uso de la violencia en las relaciones entre los sexos.
5. La pornografía es el marketing de la prostitución.

Para analizar los rasgos y los efectos principales de la pornografía, en primer lugar hay que definir la línea divisoria, hoy en día muy difusa, entre pornografía y arte erótico.

El arte erótico surge cuando un o una artista se relaciona con su tema de una manera erótica, revela algo de si mismo y nos transmite su propia vivencia. Las imágenes pornográficas normalmente representan la mujer de cara al público, ya que la pornografía no busca la representación del vínculo entre las partes que están embarcadas en una experiencia sexual, sino el establecimiento de una relación entre la persona que está mirando (el comprador) y el objeto sexual que se le presenta. Diluir la línea divisoria entre erotismo y pornografía es un elemento básico del mito de la pornografía. Sin embargo lo que la pornografía hace desaparecer es precisamente el elemento misterioso sin el cual el erotismo se convierte en pornografía -- y el círculo está cerrado.

A pesar de que las imágenes pornográficas están fuertemente sexualizadas (mejor dicho genitalizadas), poco tienen que ver con la sexualidad, ya que la pornografía no es un tema (en este caso la sexualidad) sino una relación: la misma que la publicidad intenta establecer entre un comprador y el objeto a vender.

He aquí el primer vínculo entre pornografía y prostitución. La función de ambas cosas viene a ser la misma: con la ayuda de mujeres (o, mucho menos frecuentemente, de hombres), convertidas en objetos sexuales, servir la sexualidad de un espectador/comprador invisible que se está masturbando sobre o dentro de ese objeto. Por eso la línea de demarcación entre arte erótico y pornografía no está entre los desnudos de *Interviú* o *Playboy* por un lado y las representaciones explícitas del acto sexual por el otro. Ambas cosas son pornografía. Los gestos, las posturas y los morritos de las mujeres en las portadas de *Interviú* transmiten también el mensaje de que ellas están dispuestas a satisfacer gustosamente cualquier deseo imaginado del comprador. La pornografía no es "buena" o "mala" según si es más blanda o dura. Es, al igual que la prostitución, un servicio, la elaboración de un instrumento, la oferta de un objeto a vender.

La relación intrínseca entre pornografía y prostitución queda de hecho patente en la etimología misma de la palabra. Pornografía es un término de origen

griego que significa "la descripción (*grafia*) de la prostituta (*porne*)"².

De esta manera la pornografía es el primer elemento de un continuo a lo largo del cual, junto a las otras formas de convertir a las mujeres en objetos sexuales, como la prostitución y la violencia sexual, la dominación masculina sobre las mujeres se lleva al terreno sexual. Cada una de estas formas está envuelta en diferentes mitos para legitimarlas y para solapar su carácter violento.

En el caso de la pornografía se alude a su supuesta función educativa y terapéutica. En la realidad (y la experiencia escandinava ha aportado muchos datos respecto a eso), las parejas que habían compartido "materiales de información sexualmente explícitas" en la cama y regularmente comparaban sus resultados con los de los experimentos de laboratorio de Master y Johnson, no necesitaban menos terapias sexuales o de pareja que las generaciones anteriores a la revolución sexual. A partir de la primera mitad de los años 1980 se ha escrito más y más sobre como el fenómeno de las "desganas sexuales" iba conquistando terreno. Las mujeres que en la literatura pornográfica siempre quieren "eso", en la realidad seguían deseando más cercanía y relación personal que sexo, y los hombres tampoco podían mantener el ritmo dictado por sus colegas virtuales, representados en la misma literatura como atletas sexuales. Para lo que nadie ha encontrado receta en la literatura del "nuevo desorden amoroso" era cómo conversar de ello en la pareja. La pornografía ofrece una imagen completamente falsa a ambos sexos sobre el otro y acerca de lo que hay detrás de la realidad corporal fotografiable. Esta imagen falsa no ha hecho desaparecer la inseguridad, sino la ha elevado a un nivel más alto y ha aumentado con otros años de luz la distancia entre hombres y mujeres.

La idea de la pornografía como "material informativo sexualmente explícito" y educación sexual es falsa por varias razones. Una es que si lo fuera, entonces una vez adquirida la información que tenía que transmitir, tendría que desaparecer de la vida del beneficiario. Además, la información sexual es necesaria sólo para evitar riesgos y no para la sexualidad en sí. La pornografía se hace incompatible con la educación sexual precisamente en ese punto. Además, en el mundo de las fantasías masculinas enmarcadas en la pornografía, el tiempo ocurrido entre el surgimiento del deseo y la satisfacción

² La palabra *porne* designaba la más baja de las tres categorías de prostitutas que existían en la antigua Grecia (lo que hoy en día correspondería a las personas prostituidas de origen extranjero en las calles o en lugares como la Casa de Campo en Madrid), mientras las *hetairas* constituían la clase más alta (lo que serían las escoltas de lujo actualmente).

del mismo guarda una proporción inversa con la sensación de éxito. Por eso seguir las instrucciones que se encuentran en los envoltorios de los preservativos ("*desenrollar el condón cuidadosamente sobre el pene erecto antes de cualquier contacto con la pareja*") empeoraría el cronometraje y sería superfluo. Es que en la pornografía no existen fenómenos como el SIDA u otras enfermedades sexualmente transmitidas (o, como mucho, son un elemento de morbo) y las mujeres quedan siempre deleitadas, pero nunca embarazadas.

Como he mencionado antes, la pornografía en lugar de ayudar a los hombres solitarios para encontrarse sexualmente a si mismos ha abierto también el camino a representaciones más y más brutales del odio y de la violencia hacia las mujeres. De las películas pornográficas "clásicas" a las películas "snuff"³ hay menos trecho que lo que parece, incluso en el plano concreto. Un ejemplo: la película *Garganta profunda* (*Deep Throat*) de 1972 fue la primera película porno que se convirtió en un auténtico éxito de taquilla hasta en las salas de cine "serio" del mundo entero, convirtiendo a una prostituta desconocida de 23 años llamada Linda Boreman en una *pornodiva* con el nombre artístico de Linda Lovelace. Apenas diez años más tarde Linda Boreman logró escaparse de su esposo y proxeneta Chuck Traynor y escribió su estremecedora autobiografía titulada *Ordalías* (Boreman y McGrady, 1981). En ella contó cómo Chuck Traynor le ha estado forzando a prostituirse y a protagonizar películas pornográficas a punta de pistola. La descabellada historia de "una mujer con el clítoris en la garganta que escucha campanitas de iglesia con cada orgasmo" era fingida por una mujer que vivía en un terror indescriptible sin ninguna huella de gozo (y sin cobrar un duro) desde que conoció a Chuck Traynor hasta que logró dejarle. Desde entonces y hasta su muerte en abril de 2002 ella actuaba como una ardiente activista contra la industria pornográfica, pero esto nunca la llevó hasta la portada de la revista "Time", como había ocurrido con "Garganta profunda". Lo más trágico de la historia es que periódicos considerados como serios siguen refiriéndose a la película como "un hito porno" y a ella como "la actriz porno que marcó la libido de toda una generación"⁴. De esta manera se eterniza la humillación total de una mujer por el proxeneta más exitoso de la historia: el fruto de su terror resulta reflejar los deseos interiores de muchos otros hombres y sus fantasías se convierten en realidad al ser aceptadas por otros hombres.

³ Las películas o vídeos snuff son grabaciones de asesinatos, violaciones, torturas, suicidios, necrofilia, infanticidio, entre otros crímenes reales (sin la ayuda de efectos especiales o cualquier otro truco) con la finalidad de distribuirlos comercialmente para entretenimiento.

⁴ Linda Lovelace, protagonista de 'Garganta profunda', EL PAÍS, 24 de abril de 2002. http://elpais.com/diario/2002/04/24/agenda/1019599202_850215.html

En definitiva, la pornografía es el suministro de un producto al servicio de lo que se supone es la sexualidad masculina, pero no sólo eso. Es también la fuente y constante reproducción de esta noción de la sexualidad, la misma que está en la base de la prostitución y de la violencia sexual. Una manera vulgar pero elocuente de formular esta noción sería que cuando a un hombre se le empina, tiene que meterla y vaciarse en cualquiera que esté al alcance de la mano. El mundo de la pornografía está habitado por hombres siempre genitualmente activos que aunque estén completamente desnudos nunca revelan nada de sus entrañas (y aún menos alguno de sus aspectos débiles) y por mujeres que aunque estén llevando a cabo una actividad febril física siempre son pasivas porque no están realizando su propia sexualidad sino la dictada por las fantasías masculinas. En ese mundo todo es real y nada es verdadero. O sea que la pornografía no es educación sexual, ni refleja las ganas sexuales de los hombres (más bien las forma adocrinándolas), más bien es un material a través del cual los hombres aprenden el rol masculino llevado al terreno de la sexualidad.

Las personas que han formado su concepto de la sexualidad con la ayuda de la pornografía y por eso no han aprendido apreciar la diferencia entre fantasía y realidad, tienen que volver forzosamente a la pornografía para reafirmarse en el concepto con el que se han identificado. Por eso muchos hombres viven una vida doble: en el mundo de las fantasías pornográficas y en una relación personal con una mujer, poseedora de una sexualidad propia. Sin embargo, estos dos mundos nunca se tocan (algo que he podido comprobar en muchos casos dolorosos en mi trabajo como psicoterapeuta con individuos y parejas). La relación personal requiere del hombre que ponga al desnudo su interior (incluso ante si mismo), mientras que la iconografía pornográfica le sugiere que todo existe solamente fuera de él y que ser hombre no es una vivencia que nace desde dentro, sino es una hazaña proyectada al mundo exterior.

3. DE LA PORNOGRAFÍA A LA PROSTITUCIÓN

No obstante, hay un mundo donde las fantasías dictadas por el concepto de sexualidad y el rol aprendidos siempre se cumplen, sin que el hombre tenga que enfrentarse a su propia inseguridad o a las dificultades cotidianas de entablar o mantener una relación. Este es el mundo de la prostitución. Por eso hay hombres que se dirigen a prostitutas o aprovechan su hegemonía para crear

una cultura en la que las fantasías pornográficas masculinas se convierten en definición y medida de la sexualidad femenina. La presentación de estas fantasías como algo universal es posible entre cosas por el carácter casi totalmente anónimo e invisible de los actores principales de la pornografía y de la prostitución: los clientes. Como en el caso de cualquier violencia u opresión, un primer paso hacia la eliminación de ellas es hacer visible lo que tiene quedar invisible para mantenerlas. Por eso la fórmula sueca de atajar la prostitución parte de que la prostitución existe porque hay una demanda y que los consumidores de los servicios sexuales son casi exclusivamente hombres, trátase de prostitución heterosexual u homosexual.

En el perfil de los hombres que compran sexo confluyen varios componentes.

Uno es el modelo naturalizado⁵ según el cual la sexualidad masculina no es un constructo social e histórico sino que es un impulso biológico irreprimible, automático y mecánico. Otro elemento es la convicción de que satisfacer ese impulso, elevado al rango de una necesidad, es un derecho de los hombres. Esto conlleva que los hombres también tienen derecho a aprovecharse de una parte de la población cuya función es satisfacer esa necesidad sin consideración de cómo eso afecta no solo a ellas, sino también al resto de la sociedad en la que se establece un modelo de sexualidad que es justo lo contrario de todos los discursos sobre las relaciones sanas basadas en el respeto y la igualdad entre los sexos. De esta manera la mera existencia de la prostitución consagra la misoginia como elemento constituyente de las relaciones humanas en el patriarcado.

Entre los discursos de los hombres que buscan prostitutas se pueden distinguir cinco grupos principales según los diferentes matices del desdén hacia las mujeres y de su instrumentalización por los hombres. Ninguno de estos discursos excluye cualquier otro: muchas veces se mezclan varios temas en el caso de un mismo individuo. Las definiciones de las cinco categorías están basadas en las investigaciones de Sven-Axel Månsson (Månsson, 2004), uno de los participantes en las investigaciones que precedieron la ley sueca sobre la prostitución.

⁵ "Naturalización" en este contexto se refiere al proceso histórico a través del cual fenómenos socio-culturales, con la ayuda de interpretaciones biológicas de los mismos, se hacen pasar por naturales.

Fantasía de la puta guarra Expresión de sentimientos contradictorios, de fascinación y de desprecio, atracción y asco. La imagen de la “puta guarra” refuerza la excitación sexual. La puta es percibida como un animal sexual, para el deseo violento y la urgencia, la apetencia sexual, vinculada al secreto y al sentimiento de culpa – un aspecto de la imagen femenina escindida que los hombres albergan en una sociedad patriarcal. Esta imagen define la manera de relacionarse de los hombres con las mujeres en diferentes situaciones, no sólo en la prostitución. De hecho ambas imágenes – madona y puta – convierten a la mujer en objeto, sólo que mientras una es respetada, la otra es despreciada. Esta degradación de la mujer prostituida permite al hombre distinguirse de ella y liberarse de todo sentimiento de culpa. Esto es uno de los peligros en la prostitución, ya que ninguna prostituta está a salvo de la intimidación y la violencia verbal y física que él se puede permitir al considerar que, a diferencia de ella, él se mantiene siempre moralmente inocente y socialmente respetable. (Por la otra cara de la misma moneda, no es por casualidad que muchos hombres que maltratan a su pareja acompañan los golpes y las patadas con la palabra “puta” y sinónimos groseros de la misma.)

Otra forma de sexo La idea de que ciertas formas de relaciones sexuales no pueden ser experimentadas con mujeres que no son prostitutas. Muchos hombres compran para sí mismos el derecho de adoptar una actitud pasiva y de dejarse “seducir” por una puta sexualmente agresiva, utilizando su poder para construir una situación en la cual se invierten los papeles sexuales tradicionales. En realidad el poder de la mujer que estaría vinculado a su posición dominante no es más que una ilusión, al igual que la voluntad de él de ceder el control. Al fin y al cabo el valor de la mujer se mantiene ligado al hecho de que “una prostituta siempre es una prostituta”. Ella no tiene ningún valor real como sujeto humano pleno. Por el contrario, a los ojos del cliente, su único valor reside en su cuerpo y su prestación sexual.

No hay otras mujeres Se refiere a la timidez, al miedo, a la avanzada edad, una minusvalía física o mental. La afirmación “No hay otras mujeres para mi” no significa necesariamente que estos hombres no tienen la oportunidad de conocer a otras mujeres, más bien se refiere a la visión subjetiva de los hombres de lo que está disponible en el mercado del sexo. Esto para nada valida los discursos sobre la prostitución como terapia sexual o acto de cuidados. Presentar a la prostituta como una “consoladora” de gran corazón permite al cliente pretender que es la soledad y no sus ganas que le llevan a ir en busca de prostitutas. Detrás de estos discursos, los escenarios sexuales tienen generalmente tanto que ver con la venganza y el control, como en cualquier otro cliente. En efecto el cliente piensa que es deber de la prostituta hacerle sentir potente y ayudarle a alcanzar una posición de control. Es una de las llaves de su vulnerabilidad, pero también de su potencial peligroso. Al transferir a la persona prostituida la oportunidad de sentirse potente (y sexualmente descargada) significa que también puede proyectar en ella su impotencia. Existe en estos casos un lazo tenue entre impotencia sexual y violencia.

Consumir sexo El sexo como mercancía. Existe hoy un grupo de clientes, compuesto principalmente por hombres jóvenes, cuya visión de los papeles sexuales está definida por las imágenes que nuestra sociedad produce masivamente a través de la pornografía, la publicidad y los programas de entretenimiento televisivos. Para estos hombres todo es posible, incluso en el ámbito de la sexualidad, siempre que el consumidor esté dispuesto a pagar. Esta visión crea bases sólidas para la prostitución. Se percibe el sexo como una necesidad física que requiere atención con intervalos regulares, como una “limpieza de tuberías” regular. Este enfoque no es nada nuevo desde el punto de vista histórico. Ha sido tema recurrente de la ideología patriarcal arcaica que defiende la prostitución como un fenómeno natural e inevitable. La prostitución es percibida como una vieja institución o como el oficio más antiguo de las mujeres por los hombres que rechazan encuentros con las mujeres por miedo a perderse en una relación de igualdad. En la prostitución no se

les pide nada de implicación emocional y ninguna atadura.

Otro tipo de mujer Ideas sobre la “verdadera naturaleza femenina”. Expresiones de nociones antifeministas muy fuertes. Para muchos hombres europeos y norteamericanos el acceso a la igualdad de derechos para las mujeres es percibido como la pérdida de la supremacía masculina. Algunos reaccionan con actitudes regresivas y antifeministas agresivas. El auge en la demanda de mujeres víctimas de trata e importadas, y los estereotipos racistas y étnicos (las asiáticas son sumisas y amorosas, las africanas salvajes y las latinoamericanas libres y fáciles) hay que enfocar a la luz de estos cambios. Las fantasías sobre “otro tipo de mujer” compensarían la disminución de su poder sexual masculino en sus relaciones cotidianas. Estos hombres proyectan sobre las mujeres que encuentran en el extranjero la imagen de “feminidad natural”, o sea la aceptación de su papel “de nacimiento” como consuelo de las necesidades sexuales masculinas.

Aparte de estudiar el perfil individual de los hombres que compran sexo, tenemos que ponernos otras cuestiones igualmente obvias e importantes. ¿En qué medida la visión que hace posible la práctica de la prostitución es compartida por el resto de la población masculina? ¿Puede ser que la mera existencia de la prostitución (junto a la negación de que las mujeres prostituidas, al igual que las maltratadas, son víctimas trágicas de la dominación masculina) da cierta sensación de seguridad a esa población masculina?

La prostitución institucionaliza las suposiciones más básicas de la dominación masculina como orden social o, incluso, civilizatorio. El proceso de socialización de los hombres está construido sobre la certeza de que su sexo les otorga derecho a disponer de su entorno, del espacio y del tiempo de otros y, muy en primer lugar, otras. Este derecho se extiende también al cuerpo y a la sexualidad de las mujeres. De allí hay sólo un paso a que, tratándose de un derecho, es legítimo conseguirlo y preservarlo, aunque sea con violencia. En una sociedad basada en estas suposiciones es de interés de los hombres en general la subsistencia de la prostitución. Esta es la explicación del hecho de que aunque la mayoría de los hombres no se sirva de la prostitución, con su

silencio y a veces incluso pronunciándose, contribuya a preservarla y a justificar la idea de la misma.

La prostitución sin embargo no es una idea. La prostitución son boca, vagina y ano, penetrados habitualmente con un pene, a veces manos, a veces objetos, por un hombre y después otro hombre y después otro más y otro más y otro más. Uno de los motores de la prostitución es el odio hacia las mujeres, la agresividad que motiva a un hombre a buscar y utilizar a una mujer prostituida, el profundo desdén que reduce a una vida humana a unos orificios de los que se puede aprovechar sexualmente y con la que un hombre hace lo que le da la gana. La conversión de las mujeres en objetos sexuales es un proceso de deshumanización en cuyo extremo final está la violencia sexual masculina. Es esto lo que la prostitución institucionaliza, ya que el cliente consigue de la persona prostituida (que no ha elegido tener sexo con él) algo que de otra manera no podría conseguir sino con violencia. El cliente (y con él la sociedad) oculta ante si mismo el hecho de la violencia interponiendo una infraestructura (manejada por los proxenetas) y el dinero. Este hecho pone de relieve la falacia de frases como la de “si no hubiera prostitución habría más violaciones”.⁶

Una vez identificadas la pornografía, la trata de personas con fines de explotación sexual, la prostitución y la violencia sexual propiamente dicha como diferentes puntos en un mismo continuo cobra sentido la frase formulada por aquellas feministas que han puesto la denuncia de la pornografía en su agenda política: “La pornografía es la teoría, la violación es la práctica”. De hecho, la relación directa entre pornografía y violencia sexualizada ha sido trazada en muchas ocasiones.

4. EL ESCALAMIENTO VIOLENTO DE LA PORNOGRAFÍA

La pornografía ha seguido una trayectoria de continuo escalamiento hacia niveles cada vez más altos de brusquedad, trato humillante, crueldad, violencia que tiene una repercusión directamente detectable en los diferentes aspectos que determinan el estado general sexual del conjunto de la sociedad: no solamente en las fantasías sexuales de los consumidores de pornografía, sino

⁶ Sobre esa frase dice Ana de Miguel que si eso fuera así deberíamos inhabilitar a los hombres política y socialmente, tal y como ellos han hecho con las mujeres a lo largo de la historia cuando afirmaron que ellas se dejan llevar por las emociones y no pueden, supuestamente, razonar. (Miguel, 2017)

también en las prácticas sexuales que éstos imponen sobre sus parejas, o por lo menos en las expectativas con las que ejercen presión sobre ellas, al igual que en las ofensas sexuales criminalizadas, para no hablar del trato que sufren las personas prostituidas cuyo sustento depende de satisfacer a los que pagan por sostener el derecho de imponer unilateralmente su concepto de sexualidad sobre ellas.

Ya durante la primera década posterior a la liberalización de la pornografía en Dinamarca, la policía de ese país observó un incremento en dos diferentes tipos de crimen sexual, anteriormente raros: la inserción forzada de diferentes objetos en la vagina y violaciones con penetración cometidos por varios hombres a la vez (Nielsen, 1985). Difícilmente se trata de una casualidad. Fue justo en esa época que la industria pornográfica demostraba por primeras veces su pujanza e inesperada capacidad (y conste que en aquel entonces no tenía todavía a su alcance el mega-multiplicador de su efecto que es internet) de hacer proliferar sus inventos que la misma industria tenía que superar constantemente en morbosidad para incentivar la demanda. El hito de aquella época (y que resultaba ser un exitazo tan excitante que se ha convertido en un motivo perenne de la pornografía) había sido la figura de la mujer ninfómana, o sea deseadora de penes erectos en todos sus orificios, preferiblemente a la vez, y que a falta de esos miembros viriles indispensables los sustituye con velas gordas, botellas, vegetales (que solo una mente fijada en lo fálico puede tomar por símbolos fálicos) o cualquier otro objeto. Desde luego, quien haya tenido la pornografía como fuente de información sobre lo que es bueno para las mujeres, no va a desistir ni ante las llamadas de auxilio de la víctima, por muy reales que esas sean, ya que la pornografía le ha confirmado definitivamente, por si no se hubiera enterado ya con anterioridad, que las mujeres piensan “sí” incluso cuando dicen “no”.

Desde los años 1970-1980 hasta nuestros días hemos visto como nuevas olas de “modas” de este tipo, originadas en la pornografía, se han mostrado capaces de inundar la cotidianidad de grupos cada vez más amplios ya no solo de sociedades localizadas, sino, gracias al efecto arrollador de internet, han adquirido dimensiones globales. Conforme las prácticas de la pornografía y de la prostitución van “educando” a los hombres que las consumen, ellos muy rápidamente dan por supuesto hacer lo mismo con “sus” chicas y mujeres. De lo último da fe el vertiginoso crecimiento de las preguntas del tipo “mi chico quiere...¿debo?” que mujeres y chicas más y más jóvenes ponen en las

columnas “El psicólogo/sexólogo responde” de revistas y foros de internet.

Estas “modas” tienen un claro sesgo de género y tienden a normalizar prácticas sexuales (no importa cuán de morbosas) cuya función se asemeja a la de la pornografía y de la prostitución: proporcionar satisfacción a hombres por parte de mujeres cuyo rol se limita a ser instrumentos de esa satisfacción, con la imposición añadida de que tienen que fingir satisfacción hasta creérsela ellas mismas. Para ilustrar hasta qué extremos difícilmente concebibles la cultura de la pornografía y de la prostitución ha intoxicado la cultura sexual cotidiana de toda la sociedad quiero (venciendo una vez más mi propia resistencia por la repulsión que me causan) entrar en los pormenores de esas prácticas.

Genitales afeitados:

Al principio se limitaron a la vagina de las mujeres, con una connotación de hacer aparecer a ellas más expuestas y/o más niñas (¿será porque se supone que las mujeres adultas tienen más capacidad de definir una sexualidad propia?). En el proceso inevitable de añadir nuevas fórmulas a la oferta pornográfica más tarde ese fenómeno se extendió también a los genitales masculinos, pero allí la connotación ya no era hacerles a ellos ni más expuestos ni más niños sino aumentar la superficie dérmica manipulable por manos y bocas de mujeres.

Golpes en el culo:

Tremendamente frecuentes en la pornografía, pero aparente y curiosamente sin llegar a ser fuente universal de excitación sexual, ya que nunca se proporcionan por mujeres a los hombres, solo al revés.

Estrangulación:

Como un paso más en el avance de la pornografía en el continuo de la violencia a partir de alrededor 2010 comenzó a propagarse por Internet la práctica “sexual” de estrangular a las mujeres durante el acto sexual sin llegar a ahogarles pero lo suficiente como para la sensación de asfixia produzca convulsiones supuestamente detectables también en movimientos espasmódicos de la vagina, causando sensaciones especialmente intensas para el pene introducido en la misma (¿o para el ánimo sádico inherente al portador del pene?). Los movimientos estranguladores son hoy en día pan de todos los días en las películas pornográficas. En foros de internet y hasta en mi propia praxis clínica he sido testigo de como hombres (entre ellos varones

supuestamente sensibles y respetuosos con las mujeres, hasta el punto de llamarse igualitarios) han reconocido haber experimentado con esa práctica (por supuesto, sin consensuarlo de antemano con sus víctimas) e intercambiaban con otros hombres sobre *sus propias* experiencias y las posibles bases fisiológicas de las mismas. Independientemente de si la explicación fisiológica es cierta o es un bulo, cabe destacar la consistente ausencia en esos intercambios de una discusión ya no sobre si la persona estrangulada verdaderamente disfruta de tal práctica, o más bien experimenta sensaciones extremas de dolor, indefensión, pérdida de control y pánico, sino también sobre los aspectos éticos de la índole de “placer” que se experimenta al estrangular a otra persona.

Sexo anal:

La expectativa de que el sexo anal sea una parte rutinaria de las relaciones heterosexuales es, junto a la zona vaginal afeitada, la que recientemente más se ha extendido en la cultura sexual general. Después de haber leído muchas respuestas evasivas o vagas a las preguntas insistentes del tipo “mi chico quiere... ¿debo?” de mujeres jóvenes, al final he encontrado la respuesta en un correo electrónico “spam” de una tienda erótica online que se dignaba de producir artículos divulgativos como el que sigue. Los fallos gramaticales u ortográficos son del original. La cursivas son mías para llamar la atención sobre dos palabras: “lucrativo” (¿un error de traducción o un lapso involuntario sobre la procedencia del texto del mundo de la prostitución?) y “mutuo” (ningún lapso sino toda una declaración sobre el concepto de mutualidad en la cultura de la prostitución).

“ESPECIAL SEXO ANAL

Está claro que la naturaleza indica que el sexo entre hombres y mujeres se lleva a cabo entre vagina y pene con fines reproductivos.

Pero está claro que en los tiempos que vivimos ya hemos descubierto que el hecho de concebir es una elección. Ahora la mayoría de las veces, tomamos provecho del sexo conscientemente para un fin lucrativo y placentero.

Partiendo de estas fantásticas nuevas bases, nos encontramos con el sexo anal, que nos aporta un extra de sensaciones diferentes al sexo vaginal común y de práctica más normalizada.

A demás a los hombres en general les chifla!. Os preguntareis porque a los hombres lo solicitan más que las mujeres..

Sexólogos expertos en el tema lo explican de la siguiente manera:

Hay una parte en el hombre que necesita de la sumisión de la mujer a la hora de tener sexo. Les excita tener el control y jugar al rey león de la selva.

La buena noticia es que a las mujeres en general tenemos una parte muy "50 shades of grey", y nos pone a cien entregarnos y que nuestro macho juegue a ser el rey león. Visto así, es un beneficio mutuo.

Porque el sexo anal les inspira a los hombres más sumisión por parte de las mujeres?

Quizás esto suene un pelín agresivo pero es la purita verdad; Aunque el sexo anal se realice bien y con suavidad en su inicio (como tiene que ser), implica siempre una diferencia de sensaciones entre la mujer y el hombre. La mujer tiene que hacer el sacrificio de aguantar la molestia que implica el sexo anal al principio, pero el hombre recibe placer desde el segundo 0.

El hecho para ellos de saber que su pareja sexual esta sumisa al placer del otro mientras ella padece un poco aunque sean esos primeros segundos del inicio del sexo anal, (que es cuando mas cuesta), les pone a 100!" (www.sexydream.es, 2015-08-26)

El texto prosigue más allá de la parte citada exhortando a las mujeres el ejemplo a seguir ("En algunas pelis porno os debéis sorprender de como las actrices pueden llegar a tener sexo anal tan impecable"), explicando los muchos pasos que una mujer tiene que seguir para evitar que su "pareja se encuentre con una sorpresita", desde el cuidado de la densidad y de la calidad de sus deposiciones hasta hacer lavativas con bombas de agua que se encuentran en la farmacia. Entre las muchas advertencias en ningún momento aparece la que tendría que ser la primera y más importante según sugieren las voces de alarma de los profesionales de salud que ven más y más casos de desgarros anales e infecciones vaginales y que claramente tienen que ver con el modelo demencial de sexo anal que prolifera en la pornografía: idas y vueltas de penetraciones alternas en la vagina y el ano, preferiblemente a un ritmo frenético.

Visto esas prácticas modeladas por una industria pornográfica global, visto la tremenda influencia que las mismas tienen en cómo generaciones enteras que crecen en una cultura sexual secuestrada por esa industria conceptualizan lo que es una sexualidad deseable, y visto la conexión intrínseca entre la pornografía y la prostitución ¿cómo no ver la disparidad creciente entre las

diferentes partes involucradas en este conglomerado?

Lejos parecen aquellas décadas de la segunda mitad del siglo XX que no han sido caracterizadas solamente por la así llamada “revolución sexual” sino también por la esperanza de que la igualdad real entre los sexos acabará con la “guerra de los sexos”. Conforme un neoliberalismo rampante ha ganado terreno y el patriarcado iba recuperando terrenos al amparo de un capitalismo que en su turno se recupera de los movimientos sociales que le podrían debilitar con la ayuda de crisis “inevitables”, hemos visto también como la libertad de decir sí a la propia sexualidad traída por la “revolución sexual” no ha sido reflejada por una libertad proporcional de decir “no” para las mujeres, más bien ha aumentado la presión sobre ellas para estar disponibles. Ese proceso viene reflejado también en un crecimiento de la prostitución como poco ilógico para la época pos-revolución sexual en la que no debería suponer un problema para los hombres encontrar mujeres abiertas a tener sexo.

La explicación no va pues con las mujeres sino con los hombres. La mayor disponibilidad de mujeres libres sexualmente podría resultar en la disminución de la demanda por sexo pagado si la prostitución fuera la resolución de un problema sexual de los hombres y no la válvula de escape para la indisposición de los hombres para relacionarse con mujeres libres. La libertad sexual es inseparable de la libertad en todos los demás terrenos de la vida y de las relaciones entre los dos sexos. El crecimiento de la libertad de las mujeres es incompatible con el mantenimiento del concepto anacrónico de superioridad de los hombres en el que se sustenta el patriarcado. La única manera de mantener un concepto de superioridad en sí insostenible es reforzando la inferioridad del “Otro” (en este caso de la otra). Solo la lógica de un sistema basado en la dominación sexualizada puede explicar que la sumisión sea un atractivo y que hombres necesiten todo un contingente de mujeres cuya sexualidad está separada del resto de la persona y que no está bajo el control de ellas mismas.

Así se convierte la prostitución en una institución ya no solo básica sino también modélica de la dominación masculina: es la que marca el lugar que el patriarcado asigna a las mujeres y lo que espera de ellas. Para reforzar esa función la prostitución se completa con instituciones adyacentes e interconectadas: la trata de personas, la pornografía y un lobby muy activo que ejerce presión sobre los legisladores y la opinión pública para normalizar las actividades lesivas e ilícitas de la industria que representa.

La trata de personas no se encarga solamente de que haya suficiente número de personas prostituidas para satisfacer la demanda, sino también de que sean de una índole que por su procedencia y situación no tiene posibilidades ni de liberarse de su condición de esclavas, ni de rechazar u objetar a las prácticas a las que sus “clientes”, inspirados por la pornografía, les someten.

La pornografía no se encarga solamente de suministrar para los hombres una experiencia sexual con personajes virtuales a falta de prostitutas en vivo. Además, los personajes en la pornografía son personas de carne y hueso y la producción de pornografía es generalmente prostitución filmada. De esta manera “la pornografía se podría ajustar a la definición legal de trata en la medida que el pornógrafo recluta, incita u obtiene a las personas mostradas en la pornografía con el fin de fotografiar actos sexuales comerciales.” (Farley et al., 2015) La pornografía tiene también otras funciones. Una es, tal y como lo he señalado anteriormente en este mismo artículo, establecer pautas de sexo y de comportamiento que crean dependencia de la pornografía y, en su prolongación, demanda de la prostitución. Al mismo tiempo, y conforme la era de internet la convierte en un elemento omnipresente en la cultura, la pornografía infiltra más y más tanto el espacio público como las esferas de intimidad y hace que sus consumidores quieran ejercer comportamientos y prácticas propios de la pornografía y de los burdeles en sus relaciones con las mujeres en su vida cotidiana, obligando a ellas a competir con actrices porno y prostitutas en la aceptación e integración de tales comportamientos y prácticas en su vida sexual.

Como dicen Pascal Bruckner y Alain Finkielkraut en su libro *El nuevo desorden amoroso*:

“La pornografía es a la vez ilusión y reportaje, aventura para adultos y documentación de la sexualidad. Y precisamente en esta función suya, como ilustración pedante de la libido, es donde aparece el rasgo más horrendo y menos criticado de la pornografía. Las escenas atrevidas no sólo transmiten las fantasías sexuales de los hombres, sino que, gracias a su estilo constataador, las hacen aparecer como una realidad objetiva. Es así como la ficción ideada por los hombres ocupa la sexualidad, de la misma manera que un ejército vencedor ocupa un país hostil, desterrando del mundo todo aquello que sea femenino” (Bruckner y

Finkielkraut, 1977)

El lobby pro-prostitución ejerce de aparato de propaganda, que, como en todas las guerras modernas, se encarga de rematar la invasión de la que hablan Bruckner y Finkielkraut. Al estilo de la “neolengua” orwelliana descrita en el libro *1984* (“Guerra es Paz, Libertad es Esclavitud, Ignorancia es Fuerza”) las personas en la prostitución son convertidas en trabajadoras sexuales, la sumisión en reivindicación de la propia sexualidad, la subordinación en empoderamiento, ser víctima ya no es un estado o situación causada por circunstancias u otras personas sino una actitud, o incluso una identidad de la persona dañada, y, en general, la prostitución ya no es un asunto de género y de desigualdad sino de sexo, y el “sexo” es intocable.

5. EN MANOS DE HOMBRES

Más que nada se intenta una vez más difuminar la figura del verdadero protagonista de la prostitución: el hombre que compra sexo y con ello el derecho a cometer una violación, o sea conseguir sexo utilizando fuerza (la de su poderío económico o la violencia ejercida por los traficantes de mujeres y proxenetas). La conexión entre la compra de sexo y la agresión sexual quedó plasmada en una investigación pionera llevada a cabo por el equipo de Melissa Farley.⁷

Investigamos las actitudes y conductas asociadas con la prostitución y la agresión sexual de 101 hombres que compran sexo y 101 hombres que no compran sexo, con edades, niveles de educación y orígenes étnicos comparables. Ambos grupos se inclinaron a aceptar los mitos que existen sobre la violación sexual, a reconocer los daños de la prostitución y de la trata, a expresar ambivalencia acerca de la naturaleza de la prostitución, y a considerar que la cárcel y la exposición pública son los elementos de disuasión más eficaces contra la compra de sexo. Los compradores de sexo fueron más propensos que los que no compran sexo, a informar sobre su tendencia a la agresión sexual y la violación. Los hombres que compran sexo, tuvieron una puntuación más alta en las medidas relacionadas con sexo impersonal y

⁷ Melissa Farley había dirigido en su día también las investigaciones que recogiendo directamente las experiencias de las personas en la prostitución en 9 países arrojaban luz sobre el estrés postraumático feroz que afecta a las mismas (Farley ed., 2003)

masculinidad hostil, y evidenciaron menor empatía hacia las mujeres prostituidas, considerándolas intrínsecamente diferentes a otras mujeres. Los resultados indican que, al comparar los hombres que no compran sexo con los hombres que compran, estos últimos comparten ciertas características fundamentales con hombres en riesgo de cometer agresiones sexuales, tal como lo documenta el Modelo de Confluencia de Agresión Sexual, el cual se basa en investigación científica sobre las características de hombres sin antecedentes penales que son agresivos sexualmente (Farley et al., 2015)

Lo que hace posible, entre otras cosas, para un hombre encontrar una prostituta es el hecho de que antes de él ya había otros hombres que han acudido a ella, y detrás de él habrá otros. Hoy en día hombres se dan cita en ciertas páginas de Internet para intercambiar y venderse informaciones y experiencias acerca de sus contactos y transacciones con personas prostituidas en sus países o en el extranjero.⁸ Como antaño las logias fraternas movían las amistades, los negocios, la política y el ocio a la par que apoyar y reproducir el poderoso mito que la masculinidad se forja en exclusiva compañía de los hombres, en las versiones modernas virtuales de las alianzas homo-sociales podemos ver una resurrección nostálgica del privilegio de género, que justifica el libre acceso a la prostitución. De esta manera se convierte el cuerpo de la mujer prostituida en ese agente transmisor a través del cual los hombres comparten entre ellos mismos, en palabras y en hechos, su sexualidad. Al igual que en el caso de las violaciones de grupo o las violaciones masivas en situaciones de guerra, en la pornografía y en la prostitución hombres utilizan los cuerpos de mujeres para comunicarse entre ellos mismos y para expresar lo que les une – y que al fin y al cabo se reduce a que ellos no son mujeres.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Boreman, Linda y McGrady, Mike (1981). *Ordeal (Ordalías)*. New York: Berkley Books.
- Borg, Arne; Folke Elwien; Michael Frühling; Lars Grönwall; Rita Liljeström; Sven-Axel Månsson; Anders Nelin; Hanna Olsson y Tage Sjöberg (1981). *Prostitution. Beskrivning. Analys. Förslag till åtgärder*. Estocolmo: Liber Publishing.

⁸ Véase el corto de 2 minutos producido por Zéromacho, basado en conversaciones reales en chats de foros de prostitución. <https://youtu.be/7HOkcyGcziE>

- Cobo, Rosa (2011). *Hacia una nueva política sexual*. Madrid: Catarata
- Cobo, Rosa (2016). Un ensayo sociológico sobre la prostitución. *Política y Sociedad*. 53 (3), 897-914.
- Cobo, Rosa (2017). *La prostitución en el corazón del capitalismo*. Madrid: Catarata.
- de Miguel, Ana (2015). *Neoliberalismo sexual*. Madrid: Cátedra
- Ekman, Kajsa Ekis (2010). *Varat och varan – Prostitution, surrogatmödrarskap och den delade människan*. Estocolmo: Leopard. (En castellano: *El ser y la mercancía : prostitución, vientres de alquiler y disociación*. Barcelona: Edicions Bellaterra, 2017.)
- Farley Melissa, ed. (2003). *Prostitution, Trafficking and Traumatic Stress*. Binghamton, New York: Haworth Press
- Farley, Melissa; Golding, Jacqueline M.; Matthews, Emily Schuckman; Malamuth, Neil M. y Jarrett, Laura (2015). Comparing Sex Buyers With Men Who Do Not Buy Sex: New Data on Prostitution and Trafficking. *Journal of Interpersonal Violence*, August 2015: 1-25. DOI: 10.1177/0886260515600874 (En castellano: Comparando a hombres que compran sexo y hombres que no compran sexo: Nuevos datos sobre prostitución y trata. <http://prostitutionresearch.com/wp-content/uploads/2015/09/Farley-et-al-2015Comparando-a-hombres-que-compran-sexo-y-hombres-que-no-compran-sexo.pdf>)
- Finkelkraut, Alain y Bruckner, Pascal (1977). *Le nouveau désordre amoureux*. Parisfl: Seuil. (En castellano: *El nuevo desorden amoroso*. Madrid: Anagrama, 2001.)
- Månsson, Sven-Axel (2004). *Men's practices in prostitution and their implications for social work (Las prácticas de los hombres [clientes] en la prostitución y las implicaciones de las mismas para el trabajo social)*. Göteborg, Suecia: Universidad de Göteborg. <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/citations?doi=10.1.1.645.745> [2017-06-20]
- Nestius, Hans (1982). *I last och lust*. Stockholm: Prisma
- Nielsen, Tove (1985). Entrevista. *Ottar*, 1985/5
- Pateman, Carole (1988). *The Sexual Contract*. Oxford: Polity. (En castellano: *El contrato sexual*. Barcelona: Anthropos, 1995.)
- Regeringskansliet (2004). *Prostitución y tráfico de mujeres. Folleto informativo*. Estocolmo, Suecia: Depto. de Igualdad de Género del Ministerio de Industria, Empleo y Comunicaciones del Gobierno de Suecia.
- Szil, Péter. Página web. <http://www.szil.info/es/pornografia-prostitucion>